Franz Kafka

Un Médico Rural

ELEJANDRIA

Un medico rural

Franz Kafka

1918

Origen: En.Wikisource.Org

Traducción: Elejandría

Un médico rural

Franz Kafka

Me encontraba en grandes dificultades. Me esperaba un viaje urgente. Un hombre gravemente enfermo me esperaba en un pueblo situado a diez millas de distancia. Una fuerte tormenta de nieve llenaba el espacio entre él y yo. Llevaba un carruaje ligero, con grandes ruedas, totalmente adecuado para nuestros caminos rurales. Envuelto en pieles y con la bolsa de instrumentos en la mano, ya estaba en el patio preparado para el viaje; pero faltaba el caballo. Mi propio caballo había muerto la noche anterior, a consecuencia del exceso de esfuerzo en este gélido invierno. Mi sirvienta estaba en ese mismo momento recorriendo el pueblo para ver si podía pedir un caballo prestado, pero era inútil -lo sabía- y yo me quedé allí inútil, cada vez más cubierto de nieve, cada vez más inmóvil. La chica apareció en la puerta, sola. Estaba moviendo la linterna. Por supuesto, ¿quién iba a prestarle ahora su caballo para un viaje así? Volví a cruzar el patio. No veía qué hacer. Distraído y atormentado, di una patada a la puerta agrietada de la pocilga que no se usaba desde hacía años. La puerta se abrió y golpeó de un lado a otro en sus goznes. Salió un calor y un olor como de caballo. En el interior se balanceaba una tenue linterna de establo sujeta a una cuerda. Un hombre acurrucado en el puesto de abajo mostró su rostro abierto de ojos azules. "¿Subo?", preguntó arrastrándose a cuatro patas. No supe qué decir y me agaché para ver qué había todavía en el puesto. La sirvienta estaba a mi lado. "Uno no sabe la clase de cosas que tiene guardadas en su propia casa", dijo, y ambos nos reímos. "¡Eh, hermano, eh, hermana!", gritó el mozo de cuadra, y dos caballos, poderosos animales de fuertes ijadas, se abrieron paso uno detrás de otro, con las patas pegadas a los cuerpos, bajando sus bien formadas cabezas como camellos, y atravesando el espacio de la puerta, que llenaron por completo, sólo con los poderosos movimientos de sus grupas. Pero enseguida se pusieron de pie, con las piernas largas y los cuerpos gruesos y humeantes. "Ayúdale", dije, y la muchacha se apresuró obedientemente a entregar los arreos del carro al mozo. Pero en cuanto estuvo a su lado, el mozo la rodeó con sus brazos y empujó su cara contra la de ella. Ella grita y corre hacia mí. En la mejilla de la chica había marcas rojas de dos filas de dientes. "Bruto",

grito con furia, "¿quieres el látigo?". Pero enseguida recuerdo que es un desconocido, que no sé de dónde viene, y que me está ayudando por voluntad propia, cuando todos los demás se niegan a hacerlo. Como si supiera lo que estaba pensando, no se ofende por mi amenaza, sino que se vuelve hacia mí una vez más, todavía ocupado con los caballos. Entonces dice: "Sube", y, efectivamente, todo está listo. Me doy cuenta de que nunca antes había viajado con un equipo de caballos tan hermoso, y subo feliz. "Pero yo llevaré las riendas. No conoces el camino", le digo. "Por supuesto", dice; "no voy contigo. Me quedo con Rosa". "No", grita Rosa y corre hacia la casa, con una premonición precisa de lo inevitable de su destino. Oigo el traqueteo de la cadena de la puerta cuando la coloca en su sitio. Oigo el clic de la cerradura. Veo cómo además corre por el pasillo y por las habitaciones apagando todas las luces para que sea imposible encontrarla. "Te vienes conmigo", le digo al mozo, "o renuncio al viaje, por muy urgente que sea. No es mi intención entregarte a la chica como precio del viaje". "Arreando", dice y da una palmada. El carruaje se desprende, como un trozo de madera en una corriente. Todavía oigo cómo la puerta de mi casa se rompe y se parte bajo la embestida del mozo, y entonces mis ojos y mis oídos se llenan de un rugido que abruma todos mis sentidos a la vez. Pero sólo por un momento. Entonces ya estoy allí, como si el patio de la granja de mi inválido se abriera inmediatamente delante de la puerta de mi patio. Los caballos están tranquilos. La nevada ha cesado, la luz de la luna lo rodea todo. Los padres del enfermo salen corriendo de la casa, su hermana detrás de ellos. Casi me levantan del carruaje. No entiendo nada de su confusa conversación. En la habitación del enfermo apenas se puede respirar el aire. La descuidada cocina echa humo. Quiero abrir la ventana de un empujón, pero primero miro al enfermo. Delgado, sin fiebre, sin frío, sin calor, con los ojos vacíos, sin camisa, el joven bajo la colcha rellena se levanta, se me cuelga de la garganta y me susurra al oído: "Doctor, déjeme morir". Miro a mi alrededor. Nadie lo ha oído. Los padres permanecen en silencio, inclinados hacia delante, y esperan mi opinión. La hermana ha traído un taburete para mi bolso. Abro el bolso y busco entre mis instrumentos. El joven me tantea constantemente desde la cama para recordarme su petición. Cojo unas pinzas, las pruebo a la luz de la vela y las vuelvo a guardar. "Sí", pienso blasfemamente, "en estos casos los dioses ayudan. Envían el caballo que falta, incluso añaden un segundo porque es urgente, y hasta echan un mozo de cuadra como premio". Ahora, por primera

vez, vuelvo a pensar en Rosa. ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo la salvo? ¿Cómo la saco de debajo de este mozo de cuadra, a diez millas de ella, con caballos incontrolables en la parte delantera de mi carruaje? Estos caballos, que de alguna manera se han soltado las correas, están empujando la ventana desde fuera, no sé cómo. Cada uno asoma la cabeza por la ventana y, sin inmutarse por el llanto de la familia, observa a la inválida. "Voy a volver enseguida", pienso, como si los caballos me ordenaran volver, pero permito que la hermana, que cree que estoy aturdido por el calor, me quite el abrigo de piel. Me preparan un vaso de ron. El viejo me da una palmada en el hombro; el sacrificio de su tesoro justifica esta familiaridad. Sacudo la cabeza. En el estrecho círculo del pensamiento del viejo yo no estaba bien; esa es la única razón por la que me niego a beber. La madre se pone de pie junto a la cama y me incita a acercarme. La sigo y, mientras un caballo relincha ruidosamente en el techo, apoyo mi cabeza en el pecho del joven, que tiembla bajo mi barba húmeda. Eso confirma lo que sé: el joven está sano. Su circulación está un poco alterada, saturada de café por su cuidadosa madre, pero está sano y es mejor sacarlo de la cama con un empujón. No soy un mejorador del mundo y lo dejo ahí tirado. Soy empleada del distrito y cumplo con mi deber al máximo, hasta el punto de que es casi demasiado. Mal pagado, pero soy generoso y estoy dispuesto a ayudar a los pobres. Todavía tengo que cuidar a Rosa, y entonces el joven puede salirse con la suya, y yo también quiero morir. ¡Qué hago aquí en este invierno interminable! Mi caballo está muerto, y no hay nadie en el pueblo que me preste el suyo. Tengo que sacar a mi equipo de la pocilga. Si no hubieran sido caballos, habría tenido que viajar con cerdos. Así son las cosas. Y asiento a la familia. No saben nada de esto, y si lo supieran, no lo creerían. Por cierto, es fácil escribir recetas, pero difícil llegar a un entendimiento con la gente. Ahora, en este punto, mi visita podría haber llegado a su fin: han vuelto a pedir mi ayuda innecesariamente. Estoy acostumbrado a ello. Con la ayuda de mi campana nocturna toda la región me atormenta, pero que esta vez haya tenido que sacrificar también a Rosa, esta hermosa chica, que vive en mi casa todo el año y en la que apenas me fijo, este sacrificio es demasiado grande, y debo de alguna manera en mi propia cabeza racionalizarlo sutilmente por el momento, para no soltar a esta familia que no puede, ni siquiera con su mejor voluntad, devolverme a Rosa. Pero mientras cierro la bolsa de mano y pido mi abrigo de piel, la familia está reunida, el padre oliendo el vaso de ron que tiene en la mano, la

madre, probablemente decepcionada conmigo -¿qué más espera esta gente? Me acerco a él. Me sonríe, como si le llevara la sopa más nutritiva -ah, ahora los dos caballos relinchan, el ruido debe venir de regiones más altas para iluminar mi examen- y ahora descubro que, efectivamente, el joven está enfermo. En su lado derecho, en la región de la cadera, se ha abierto una herida del tamaño de la palma de la mano. De color rosa, con diferentes matices, oscura en el fondo, más brillante en los bordes, delicadamente veteada, con manchas de sangre desiguales, abierta a la luz como una mina. Eso es lo que parece desde la distancia. De cerca se ve una complicación. ¿Quién puede mirar eso sin silbar suavemente? Gusanos, tan gruesos y largos como mi dedo meñique, ellos mismos de color rosa y también salpicados de sangre, están retorciendo sus blancos cuerpos con muchas extremidades desde su fortaleza en el interior de la herida hacia la luz. Pobre joven, no hay quien te ayude. He descubierto tu gran herida. Te estás muriendo de esta flor en tu costado. La familia está contenta; me ven hacer algo. La hermana se lo dice a la madre, la madre se lo dice al padre, el padre se lo dice a unos cuantos invitados que entran de puntillas a través de la luz de la luna de la puerta abierta, equilibrándose con los brazos extendidos. "¿Me salvarás?", susurra el joven, sollozando, bastante cegado por la vida dentro de su herida. Así es la gente en mi región. Siempre exigiendo lo imposible al médico. Han perdido la antigua fe. El sacerdote se sienta en su casa y rompe sus vestiduras religiosas en pedazos, uno tras otro. Pero el médico se supone que lo consigue todo con su delicada mano de cirujano. Bueno, es lo que les gusta pensar. Yo no me he ofrecido. Si me utilizan para fines sagrados, dejo que eso me suceda también. ¡Qué más quiero yo, un viejo médico de pueblo, despojado de mi sirvienta! Y vienen, las familias y los ancianos del pueblo, y me quitan la ropa. Un coro de niños de la escuela, con el maestro a la cabeza, se pone delante de la casa y canta una melodía muy sencilla con la letra

Quitadle la ropa, entonces se curará
y si no cura, entonces mátalo.
Es sólo un médico; es sólo un médico.

Entonces me despojo de la ropa y, con los dedos en la barba y la cabeza inclinada hacia un lado, miro a la gente en silencio. Estoy completamente tranquilo y despejado de todo y permanezco así también, aunque eso no me ayuda en absoluto, pues ahora me cogen por la cabeza y los pies y me arrastran hasta la cama. Me recuestan

contra la pared en el lado de la herida. Luego salen todos de la habitación. La puerta se cierra. El canto se detiene. Las nubes se mueven delante de la luna. La ropa de cama me envuelve cálidamente. En el espacio abierto de las ventanas las cabezas de los caballos se balancean como sombras. "Sabes", oigo que alguien me dice al oído, "mi confianza en ti es muy pequeña. Te han sacado de algún sitio. No vienes por tu propio pie. En lugar de ayudar, me das menos espacio en mi lecho de muerte. Lo mejor sería que te sacara los ojos". "Cierto", digo, "es una desgracia. Pero ahora soy médico. ¿Qué se supone que debo hacer? Créeme, las cosas tampoco son fáciles para mí". "¿Debo conformarme con esta excusa? Por desgracia, probablemente tendré que estarlo. Siempre tengo que conformarme. Vine al mundo con una hermosa herida; eso fue todo lo que se me proporcionó". "Joven amigo", le digo, "tu error es que no tienes perspectiva. Ya he estado en todas las salas de enfermos, a lo largo y ancho, y te digo que tu herida no es tan grave. Se hizo en un rincón estrecho con dos golpes de hacha. Mucha gente ofrece su lado y apenas oye el hacha en el bosque, por no decir que se acerca a ellos." "¿Es realmente así, o me engañas en mi fiebre?" "Es verdaderamente así. Toma la palabra de honor de un médico". Me tomó la palabra y se quedó quieto. Pero ahora era el momento de pensar en mi huida. Los caballos seguían fielmente en su sitio. La ropa, el abrigo de pieles y la bolsa fueron rápidamente arrebatados. No quería demorarme en vestirme; si los caballos se apresuraban como lo habían hecho en el viaje de ida, yo debería, de hecho, saltar de esa cama a la mía propia, por así decirlo. Un caballo se apartó obedientemente de la ventana. Arrojé el fardo al interior del carruaje. El abrigo de pieles voló demasiado lejos y fue atrapado en un gancho por un solo brazo. Ya está bien. Me subí al caballo. Las riendas se arrastraban sueltas, un caballo apenas enganchado al otro, el carruaje se balanceaba detrás, y por último el abrigo de pieles en la nieve. "Arreando", dije, pero no hubo ningún arreón. Nos arrastramos por el desierto nevado como ancianos; durante mucho tiempo el canto fresco pero inexacto de los niños resonó detrás de nosotros:

Disfrutad, pacientes.
El médico se ha acostado en la cama con vosotros.

A este paso nunca volveré a casa. Mi floreciente consulta está perdida. Un sucesor me roba, pero en vano, pues no puede sustituirme. En mi casa el asqueroso mozo de cuadra está haciendo estragos. Rosa es su víctima. No lo pensaré. Desnudo, abandonado a

la escarcha de esta época infeliz, con un carruaje terrenal y unos caballos sobrenaturales, conduzco yo solo, un anciano. Mi abrigo de pieles cuelga detrás del carro, pero no puedo alcanzarlo, y nadie de la ágil chusma de pacientes mueve un dedo. ¡Traicionado! ¡Traicionado! Una vez que uno responde a una falsa alarma en la campana nocturna, no hay manera de volver a hacerlo bien, nunca.